

siste la belleza salvaje con que Felipe Trigo hace vivir las protagonistas de sus novelas, que aman como Ofelia y Margarita con el fuego de la pasión en el alma, porque tienen sentimientos de hembras valientes y fecundas capaces de redimirse por el amor y escalar las cumbres de la felicidad suprema, y degradarse á un tiempo por la fuerza irresistible del deseo que las hace víctimas inocentes de los que profanan la vida de las mujeres con el estallido frenético, loco, insaciable, de un beso que no se acaba nunca,

que parece el zarpazo de una fiera ó la caricia de un ángel...

María Barrios Vallejo



VANIDAD Y ENVIDIA

Le dá á uno pena, una pena arraigada y fuerte, el contraste entre lo que es un país al que se le quiere con filial cariño y lo que uno anhela que fuese. Siempre soñé para este mi Bilbao, para este Bilbao de mis recuerdos, mis esperanzas, mis amores y mis ensueños, en el pecado capital de la soberbia, y me le encuentroapestado de vanidad y de vanidosos. Yo le soñé arrogante y altanero, á la castellana, y le encuentro vanidoso y espectacular, á la francesa. Es una pena.

Hace ya nueve años les advertí el peligro de que los millones se les subiesen á la cabeza y así ha sucedido. Se les suben á la cabeza á medida que se les escapan de los bolsillos. Ahora aspiran á títulos tronados.

Por algo suele decir un amigo mio... (cuando saco esto de que dice tal ó cual cosa un amigo mio, entiéndase que soy yo quien lo dice.) Por algo suele decir un amigo mio que el hombre en donde quiera quiere ser soberbio y no es más que vanidoso. La soberbia no suele pasar de ser una piadosa aspiración de la vanidad.

Esta, la vanidad, es lo más propio de los ricos improvisados, de los que hicieron fortuna en poco tiempo y sin que ellos mismos sepan como. Observación

ésta vulgarísima é innumerables veces ya repetida, pero que habrá que repetir muchas más veces aún, porque parece que á diario la olvidan los interesados. Conozco aquí entre otros un sujeto amenísimo que volvió de esa América trayendo una fortuna y á quien se le ha desarrollado una manía aristocrática digna de eternizarse en un sainete. Ahora ha comprado en su pueblo natal un terreno en que va á construir la casa en que nacieron sus abuelos.

A la caza del duro, ha sucedido la caza del condado.

El deporte mismo se vá convirtiendo en caza de vanidad, de exhibicionismo, en la caza del campeonato.

Sin duda alguna son útiles los juegos y ejercicios físicos, pero pueden muy bien llegar á constituir un peligro social. Dan una sobreestimación á la parte animal del hombre y á su educación física, como efecto de la desestimación en que se le tenía, y por otra parte contribuyen á hacer hombres forzudos ó á lo sumo fuertes más bien que sanos. La afición á los deportes físicos puede muy bien ir unida á un desprecio por la higiene y no es raro ver que se emborrache un campeón del *football*. No puede, además, hablarse en España, de *surmenage* intelectual.

La afición á los deportes físicos acaba aquí por lo menos, en exhibicionismo y en vanidad. Los aficionados propenden á hacerse profesionales, es decir, titiriteros de una ó de otra especie. Invade á los aficionados el deseo de notoriedad y de adulación popular. Y se ha podido observar que las épocas de mayor esplendor del juego de pelota como espectáculo no coincidían con aquellas en que había más afición á jugar en privado á la pelota.

Es un furioso deseo de notoriedad y hasta de algo más infantil que la notoriedad. Recuerdo como siendo yo niño uno de mis compañeros de escuela anduvo unos días henchido de vanidosa satisfacción y mirándonos á los demás por encima del hombro porque Lagartijo, el célebre matador de toros, que era amigo de su padre, al venir á torear en unas corridas de Agosto le había acariciado. Es fácil que no se lavara en una quincena el lugar de la mejilla donde le tocó con la gloriosa mano que había derribado á estocadas tantos bravos toros. Y así se disputan hoy no pocos de nuestros más ó menos ricos una mirada, un saludo, un apretón de manos del rey. Y sus mujeres—esposas, hermanas, hijas—van á meterle los senos por los ojos abandonando muchas veces atenciones mas preciosas.

Se pone de moda ser elegante, ser campeón en este ó el otro deporte, hacerse conde... lo que no se pone de moda es ser hombre de ciencia, de arte ó de letras. Y más vale que no se ponga tal cosa de moda. Ni, en rigor, ser Mecena.

Cierto es que algunos á las veces hacen de Mecenillas pero con su cuenta y razón y con regateo. Pueden hablar los artistas. Pero á ninguno de estos ricachos se le ha ocurrido hacer un legado para que se funde en esta villa una buena biblioteca popular ó para que acrecienten su caudal de libros las que hay. Y si alguno lo hiciera es de temer exigiese que antes se aplicara el Índice á la biblioteca y la expurgaran unos cuantos reverendos padres.

Esto de legar ó regalar dinero para

tales obras de cultura no se les ocurre y no se les ocurre porque hay en ellos, y en casi todos, un cierto odio, aversión ó miedo á la inteligencia. El odio á la inteligencia es una de las cosas que más pronto se echa de ver hoy aquí y este odio es miedo y este miedo es envidia. Odio, miedo y envidia, todo en una pieza.

Comprenden por un cierto instinto que su enemigo, es decir el enemigo de sus apetitos desarreglados, de sus concupiscencias y de sus vanidades, es la inteligencia. La inteligencia es la suprema dueña del ridículo, arma á que más temen. Y quieren á la inteligencia sumisa. «A ese le tengo cogido por el estómago» dicen que dice uno de estos ricachos. Y de la fidelidad de la inteligencia no se fían ni aún cuando le tienen cogido por el estómago al inteligente. Saben que el esclavo inteligente es dueño del amo bruto; saben que al fin y al cabo la inteligencia se rebela.

Y luego la envidia! Esto de la envidia es algo que pone pavor. Y la hay genérica y el que en campo de la actividad humana llegó á cierta conspicuidad envidia al que llegó á ella en otro campo. Y dicen que este pecado capital es eminentemente español. Por lo menos español fué quien con trazos más enérgicos, trazos de fuego, escribió de él y es Quevedo. «La envidia está flaca porque muere y no come», dejó escrito nuestro satírico.

Me decía una vez Ricardo J. Catari-neu: «Mire usted, hay banqueros que son poetas fracasados y cuando topan con un poeta, que como tal poeta no fracasó sino que goza de gloria pero no tiene una peseta, le dan una limosna para vengarse de él.» Y es muy cierto. Ese aparente desprecio del rico por el que no ha hecho fortuna pero ha obtenido éxito en otros respectos, no es más que fingido.

A uno de esos industriales cuyo nombre figura en todas partes unido al de un producto que se anuncia mucho—como los jabones Pear, las píldoras Pink, las máquinas Singer etc.—hablábame una

vez no sé si de Ibsen, de Carducci ó de Anatole France y le decían que el nombre de éste—de quien de ellos fuera—era muy conocido en Europa, y contestó: más es el mio. Y no os quepa duda que esta típica frase se la inspiró la vanidad, pero también la envidia.

La envidia que es como se ha dicho miles de veces la pasión dominante de las democracias, hace estragos en esta España á la que un español ilustre llamó una democracia frailuna. Y dentro de España hace estragos en este mi pueblo que es una democracia enriquecida.

Tengo observado que cuantos prestigios se ha tratado de hacer aquí popularmente, por una especie de sufragio, de abajo arriba, se han derrumbado ó no han logrado levantarse y en cambio casi todos los hijos de este país vasco que han llegado—que hemos llegado más bien—á adquirir alguna autoridad en campo alguno ha sido no ya sin la ayuda de la masa de nuestros paisanos, sino contra ella. Aviado estaría á estas horas Zuloaga si hubiera esperado su renombre de sus paisanos. Y á Pio Baroja es acaso en su pueblo natal, en San Sebastián, donde menos se le lee. Los pueblos quieren á sus hombres presos, ligados á sus pasiones y prejuicios, y si se encariñan con alguno es con el genio para andar por

casa, con el de uso casi exclusivamente doméstico. Lo que no quita que invoquen á los otros, que se hicieron á su pesar, cuando hechos ya les pueden servir de ejemplo.

Alguien al leer lo que precede dirá que todo esto es muy amargo y para dicho en casa sin que lo oigan los de fuera. Yo creo más bien que así no tendrá eficacia. Las reprimendas, si se quiere que surgan efecto, deben hacerse ante los forasteros.

Creo, además, que á los que llamábamos indianos y, hoy se llaman americanos—honrosísimo nombre que no sé bien porqué rechazan algunos de ellos—les compete una cierta labor de orden espiritual, y no sólo económica. Han de traer á esta España de esa América algo más que capitales y hábitos de trabajo, han de traer un espíritu social y público. Y una de sus más sagradas obligaciones es venir á combatir estos vicios que delato.

Por eso he escrito las líneas precedentes puesta la mira en los vascos, mis paisanos, que están ahí fraguándose una posición y que piensan volver un día á establecerse en esta su tierra nativa.

Y no les digo más.

MIGUEL DE UNAMUNO.

NOTAS SEVILLANAS

EL PUENTE DE TRIANA

(INÉDITO)

Es como el brazo de un titán echado sobre la vega. Gracias á él, Sevilla y Triana son un conjunto, un gran cuerpo con una sola y hermosísima alma.

Siempre estuvo ahí; desde que los ignorados fundadores de la urbe cavaron los cimientos inmortales.

Una gran parte del espíritu de la ciudad palpita en el Puente. Por debajo de sus arcos, la corriente del río se dilata dul-

cemente querelosa, como una endecha de Rioja, como el suspiro eterno de la mujer andaluza que canta sus penas, la más poética forma de llorarlas.

Los árabes unieron con su puente la ciudad al espléndido *Aljarafe* y dilataron el término sevillano hasta las costas del Algarbe, donde ruje el mar á los pies del «promontorio sagrado».

El conquistador cristiano estrellóse años

enteros ante los muros de la ciudad ansiada. Sólo cuando el crugido espantoso que produjo el choque de las naves de Bonifaz anuncióle la ruina del puente, supo Fernando III que podía tomar posesión del cuerpo y del alma de esta ciudad, émula de Bagdad y de Alejandría.

Por el puente salió la civilización venecida, dejándonos como venganza perdurable el triunfo de su arte, de su instinto, de su temperamento, de su lánguida actitud en los sucesos cambiantes de la vida.

Los cristianos victoriosos reconstruyeron el puente, un mezquino puente de barcas, renovable á pedazos, como la vestidura de los *seisés*. Como nota sombría, levantaron á la salida, por la parte de Triana, la cárcel de la Inquisición.

Yo creo que desde entonces arrastran las aguas del plácido Guadalquivir la amargura siniestra del dolor humano.

Cuando ya el puente apenas podía sostenerse á flote de puro viejo, construyeron el actual, airoso, simpático, calado como un rudo encaje.

El antiguo quiso despedirse con toda la fiereza del carácter castellano del siglo XVI. *A público agravio, pública venganza*, dijo, y los postreros humanos que pasaron por él fueron al río precipitados dentro de un coche.

Pálidas mujeres, hombres robustos, mulos forzudos, encontraron bárbara muerte en las aguas del río, que se los llevó murmurando su endecha eterna de infinita melancolía.

Un Ciro, un Darío, hubieran mandado azotar al puente para desagrar á las irritadas deidades. Sevilla lloró el suceso, y comenzó á pasear su alegría de rosa por el nuevo Puente.

Un pintor contemporáneo, de pasmosa sinceridad artística, queriendo hacer con el pincel una síntesis embriagadora de Sevilla, ha pintado un cuadro admirable. Unas cuantas mujeres de la tierra pasando por el Puente.

Para una imaginación soñadora, la vista por la noche de ese trozo de arquitectura es una delicia. La luz de sus candelabros, reflejándose en grandes prismas en la superficie del río, recuerdan aquellos palacios de cristal de las enamoradas ninfas de Garcilaso.

El pueblo cuelga sus cantares de los calados arcos, como ex votos ideales...

«¡Qué bonita está Triana
Cuando le ponen al Puente
Bandera republicana!»

Y es porque su dolor y su alegría, y sus aspiraciones á públicos beneficios soñados siempre y jamás realizados, los coloca sobre el Puente, como los antiguos colocaban su ofrenda más pura en el ara de los dioses.

José Nogales

ORTOGRAFIA

¿Que quieres aprender ortografía para evitar así que yo me ría de tus cartas? ¡Horror! ¡Nunca, bien mio! ¡No aprendas! ¡Por favor, yo te lo ruego! ¿Para qué aprender, di? ¡Si no me río! Bien al contrario, enamorado y ciego, cuando leo tus cartas me entusiasman esas haches que pones en *amor*, en *infel* y en *ilusiones*. Tan pequeños descuidos no me pasan. ¡Conque yo soy poeta y escribo á veces *cazador* sin zela! Es una tontería que quieras aprender ortografía. Cumple al pie de la letra mi consejo.

Yo nunca me he quejado—ni me quejo—de que escribas *vivir* con b de burro, porque lo mismo dá, según discurre, poner en *cajón* g y en *gallo* jota, pues eso, al fin y al cabo, no se nota.

Por último—y de terco no me taches—para ser yo dichoso tú, me bastas; pero, por Dios, cuando me pongas *hastas* pónlas; acuérdate! con muchas haches!

V. Semano Clavero